

Sucedióle su hijo Ramiro III, no teniendo mas de cinco años (1). Su tia Elvira, Princesa piadosa que se habia consagrado á Dios, gobernó por él, y conservó prudentemente la paz con los sarracenos. Pero

mandaba en Oviedo el cuarto hijo de D. Alfonso el Grande, llamado Ramiro; sin embargo no sucedió á su hermano en la corona de Leon como era de presumir, sino que entró á reinar el primogénito de Ordoño, Alfonso IV ó el Monge. A los cinco años y medio de su reinado, muerta ya la Reina su esposa, determinó D. Alfonso dejar el cetro á su hermano D. Ramiro, y retirarse á un monasterio. Manifestóle su resolucion, y hecha solemne renuncia á su favor, tomó el hábito en el monasterio de Sahagun: mas le duró poco tiempo su vocacion. Apenas habia llamado D. Ramiro sus egércitos para emprender de nuevo la guerra contra los moros, cuando supo, hallándose en Zamora, que su inconstante hermano habia vuelto á Leon pretendiendo otra vez ceñirse la corona que abdicara. Irritado contra semejante ligereza y temeridad retrocedió con todas sus fuerzas, puso sitio á Leon, la rindió en muy pocos dias, é hizo prisionero al Monge encerrándole en un calabozo. Poco despues aprisionó tambien á los tres hijos de D. Fruela que se le rebelaran en Asturias, mandó sacarles los ojos juntamente con su hermano, y los encerró á todos cuatro en el monasterio de San Julian cerca de Leon. Quedó con esto pacificado en lo interior y afirmado su trono; y principió entonces D. Ramiro sus grandes jornadas contra los sarracenos. Madrid, Osma, Simancas, Talavera; las orillas del Ebro, del Duero y del Tormes, vieron desbaratados los innumerables egércitos de infieles que osaron oponerse á la espada siempre vencedora de Ramiro. Por todas partes triunfó de los enemigos del nombre cristiano, conquistó gran parte de sus posesiones, reedificó muchos pueblos y ciudades y fortificó todas las fronteras de su reino. Sujetó tambien al célebre conde de Castilla Fernan Gonzalez que se le habia rebelado; mas le tornó otra vez sus estados, prestando este juramento de fidelidad y vasallage. Por último, murió este valeroso Príncipe con muy señaladas mues-

(1) *Sampir. pag. 70.*

los grandes, que anhelaban la guerra y las mudanzas, se enfadaron de un gobierno que censuraban de afeminado, y reconocieron por Rey á Bermudo, primo hermano de Ramiro (*). Para conciliarse el nue-

tras de Religion y virtud, despues de haber elevado al trono á su hijo Ordoño, en el año 950. Levantó en su tiempo el monasterio de San Salvador en Leon para su hija Doña Elvira, y los de San Andres, de San Cristóval, de Santa María y de San Miguel.

Ordoño III era muy prudente y diestro en las armas; pero la brevedad de su vida y reinado no le permitió egercitar por largo tiempo estas prendas en beneficio de la corona. No obstante, sufocó las rebeliones de su hermano D. Sancho y otra en la Galicia, se apoderó de Lisboa, destruyó en Portugal todas las fuerzas de los sarracenos, y se hizo temer de todos sus enemigos. Hallándose en Zamora á mediados del año 957, murió de enfermedad, dejando un hijo llamado Veremundo ó Bermudo, que reinó mas adelante. Subió entonces al trono que tanto apeteciera su hermano D. Sancho, apellidado el Gordo, y primero de este nombre entre los Reyes de Leon. En el segundo año de su reinado se vió precisado á huir por la rebellion de Ordoño el Malo; mas en el 961 recobró su corona auxiliado del Rey de Navarra y del Rey moro de Córdoba. En 966 despues de haber sujetado con sola su presencia los alborotos de Galicia promovidos por el conde D. Gonzalo, y habiendo perdonado á este rebelde, recibió de su traidora mano una manzana envenenada que le dió la muerte á los tres dias.

(*) Ramiro III comenzó á reinar bajo la tutela de su madre Teresa y de su tia la religiosa Elvira, señoras de consumada madurez, piedad y prudencia. En el año primero de su reinado aportaron los normandos con un egército poderosísimo conducido en cien naves, en las costas de Galicia. Talaron el pais, y egercutaron todo linage de crueldades, especialmente en la comarca de Compostela. Viendo el estado miserable á que iban á quedar reducidos, se alistaron los gallegos bajo las banderas del conde Gonzalo Sanchez, y el dia 29 de Marzo de 969 acometieron con

vo Rey la estimacion del pueblo, adjudicó á la iglesia de Santiago los bienes de un mártir que habia muerto sin dejar herederos, y en el reinado precedente habian sido aplicados al fisco. Este mártir, llamado antes Sarraceno, y despues Domingo en el acto de recibir el bautismo, era de la ciudad de Simancas, que habian ganado los infieles á los Reyes de Leon. Despues de haber pasado á cuchillo á la mayor parte de los habitantes, se llevaron cautivo á Domingo con los pocos compatriotas que habian quedado, los cargaron de cadenas y los tuvieron presos dos años y medio, en cuyo tiempo no cesaron de alabar á Dios aquellos cristianos confesando su fe; pero al fin perdieron todos la vida á causa de su constancia (*).

tal denuedo á los normandos, que desbarataron todas sus fuerzas, degollaron la mayor parte de ellos y á su caudillo Gunderedo, y quemaron todas sus naves juntamente con los que se habian salvado de su espada.

La inesperienza del jóven Rey de Leon, y algunos vicios que se comenzaron á notar en él, fueron causa de que primero los gallegos y despues todo el reino proclamase y reconociese por su único Monarca á D. Veremundo ó Bermudo II, hijo de Ordoño III; pero este no quedó en pacífica posesion de su trono hasta despues de la muerte de su antecesor, acaecida en 983, y reinó hasta el 1002.

(*) Los españoles que murieron por la fe en todo el tiempo de la dominacion de los árabes, aun cuando aquellos tiranos no perseguian públicamente á la Religion, fueron innumerables, y solo el catálogo de sus nombres llenaria muchas páginas de esta historia si quisiéramos referirlos todos. Por este tiempo fueron célebres los martirios de San Víctor del Cerezo, presbítero de la iglesia de Rioja, hombre de egemplar virtud y erudicion, y

52. San Rudesindo ó Rosendo, obispo de Mondoñedo, aunque no derramó su sangre por la fe, no dejó de confesarla con sus obras (1). Era hijo de Gu-tierre Mendez, de sangre real, y de Ilduara, señora no menos ilustre por su piedad que por su nacimiento. En su epitafio se la llama confesora, esto es, religiosa, segun el estilo de aquellos tiempos, en que se daba tambien á los religiosos el nombre de confesores. La virtud y la sabiduría prematura de Rudesindo le elevaron á la dignidad de obispo á los diez y ocho años. A los veintiocho fundó el monasterio de Celanova, donde fijó su residencia, y cuyos monjes se cree que formaban su clero, como en otros muchos paises. La iglesia del Padron, cuya silla se

que vivió largo tiempo en la soledad practicando todos los egercicios de un perfecto anacoreta: el de Santa Eugenia, degollada en Córdoba, y el de la santa vírgen Eurosia, á quien atormentaron horriblemente mutilando todos sus miembros, en una irrupcion que hicieron los moros en el canal de Jaca. Pero entre todos estos es famosísimo el triunfo del mártir San Pelayo. Habia sido hecho cautivo su tío Ermoigio, obispo de Tui, y para asegurar su rescate quedó el jóven Pelayo en la prision. Estuvo encerrado tres años y medio acrecentando siempre sus virtudes, y pidiendo á Dios la corona del martirio, la que por último vino á conseguir de un modo extraordinario. Como era de singular hermosura, el impío Rey de Córdoba Abderraman III enamorado de su belleza y encendido en torpe amor de ella, comenzó á solicitarle con los mayores halagos y con las promesas mas lisongeras: todo lo despreció constantemente San Pelayo. Mas estrechándole un dia el tirano para que consintiese en su infame deseo, le arrojó de sí con santa indignacion, diciendo: *aparta, perro; ¿piensas que soy yo como esos tus afeminados esclavos?*

(1) *Balland. die 1. Mart.*

trasladó despues á Santiago, no tenia, ni con mucho, un pastor tan recomendable. Sisenando, que ocupaba esta silla, estaba enteramente entregado á las vanidades y á las diversiones del siglo, y al fin se hizo tan despreciable con sus desórdenes que se vió el Rey precisado á mandar que se le prendiese, y por consentimiento del pueblo y del clero puso en su lugar á Rudesindo que era pariente suyo; es decir, que Rudesindo se encargó del cuidado de esta iglesia en defecto de su pastor, sin ser obispo titular de ella, porque en todas sus actas se titula siempre obispo de Mondoñedo, lo que no le estorbó para defender al pueblo del Padron, igualmente que al de Mondoñedo con todo el celo de un pastor y la magnanimidad de un héroe. Hallándose espuestos los

Al decir esto rasgó los ricos vestidos que le habia dado el Rey, y se preparó para sufrir todo género de tormentos. Empero no desistió aun el torpe Abderraman de su empeño: mandó á sus ministros que procurasen vencerle de mil maneras, hasta que viendo la invencible constancia del siervo de Dios, ordenó que colgado en alto le atormentasen dejándole caer repetidas veces: hizo despues cortarle uno á uno todos sus miembros comenzando por las estremidades de pies y manos, en cuya horrible tortura permaneció el Santo siempre inmóvil, dando gracias á Dios hasta que le cortaron la cabeza. Su cuerpo, hecho menudos pedazos, fue arrojado por órden del tirano en el Guadalquivir; mas los fieles cordoveses procuraron estraerle, y lo sepultaron en la iglesia de San Gines, de donde fue trasladado con gran solemnidad en tiempo de Ramiro III al monasterio de San Salvador de Leon. Murió el Santo dia 6 de Junio del año 925 á los trece y medio de su edad. Florecieron por este mismo tiempo muchos santos prelados y monges honrando con sus virtudes y ciencia la santa iglesia de España. Véase el lib. 15 de Ambrosio de Morales.

fieles á un mismo tiempo á la invasion de los normandos y de los árabes, y estando el Rey ausente, juntó tropas Rudesindo, marchó contra los enemigos del nombre cristiano, arrojó del continente á los idólatras, y rechazó á los infieles obligándolos á pasar mas allá de Portugal. Habiéndose escapado de la prision el obispo Sisenando, fue á buscar de noche á Rudesindo, y le amenazó con espada en mano. Pero el Santo, no menos tranquilo que si aquel furioso estuviese cargado de cadenas, le reprendió con mucha dignidad, y le hizo temblar prediciéndole que moriria muy pronto de muerte violenta. En efecto, en otra irrupcion en que los normandos hicieron horribles destrozos en las cercanías de Santiago, pereció Sisenando á sus manos. San Rudesindo murió en su monasterio de Celanova despues de haber renunciado el obispado, segun se dice, y tomado el hábito monástico. Se refieren muchos milagros hechos en su sepulcro, los cuales sirvieron de edificacion á toda España.

53. Por otra parte la Inglaterra cogia el fruto del celo y de las sabias leyes del Rey Edgar. En el reinado de Eduardo, su hijo y sucesor inmediato, los clérigos que habian sido espulsos de las iglesias catedrales á causa de su vida desarreglada, se quejaron altamente, ó por mejor decir, prorrumpieron en amenazas sediciosas, sostenidas por varios grandes. Se calmó el tumulto por la vigilancia de los obispos reunidos en Winchester para celebrar un concilio (1).

(1) Tom. 9. Concilior. pag. 721.

Pero ya que los clérigos relajados no tenían ninguna razon que les favoreciese, hicieron tales instancias al nuevo Rey que estaban todos en espectacion, quando el Eterno Pastor á quien nada cuestan los prodigios para el bien de su Iglesia, pronunció por sí mismo la decision. Se refiere que un Crucifijo que estaba clavado en la pared del refectorio donde se celebraba el concilio, abrió la boca y dijo con voz clara y perceptible: *no habrá nada: no habrá nada.* El Rey y los grandes llenos de espanto, empezaron á gritar fuertemente, y sostuvieron unos decretos cuya confirmacion procedia del mismo cielo. Se dice que este prodigio sucedió en el año 975, en que murió en una edad sumamente avanzada San Turquetul, sobrino del Rey Eduardo el viejo, y abad de Croisland.

54. Habia sido éste mucho tiempo canciller de Inglaterra, y se distinguió tambien por su raro valor en las batallas, sin embargo de que en cuantas se halló no mató jamás ni un solo hombre (1). Tenia ya mucha edad cuando abrazó la vida monástica; pero guardó siempre la continencia mas perfecta, y por amor á esta virtud rehusó muchas bodas ventajosas que le propuso el Rey su tio. Igualmente rehusó muchos obispados de los mas considerables de Inglaterra. Luego que tomó la resolucion de hacerse monge, quiso distraerle de su designio el Rey Edredo, conociendo cuan necesario le era este grande hombre. „Señor, (respondió el canciller) he

(1) *Act. SS. Bened. sæc. V. pag. 507.*

consagrado mis mejores años á vuestro servicio y al de vuestros hermanos. Permitidme á lo menos que sirva á Dios en mi vejez. Ya no me hallo en disposicion de pelear, ni de ayudaros de ningun modo con mi brazo; pero si os pueden ser útiles mis consejos, no os faltarán mientras yo viva.” Le acompañaron á Croisland muchos personajes ilustres, y diez de ellos tomaron el hábito monástico. Los demás, temiendo que no podrian observar la regla con todo rigor, conservaron el trage de seglares, bien que se vistieron de negro y con uniformidad. Se les dió una habitacion separada, con una capilla donde rezaban de dia y de noche á las mismas horas que los monges; pero en cuanto á la regla, no observaban mas que la continencia y la obediencia.

El monasterio de Croisland, que en otro tiempo habia sido muy célebre, estaba casi enteramente destruido per el furor de los normandos que se habian apoderado de él mas de setenta años antes. Dando Turquetul al Rey las posesiones que tenia en número de sesenta, se reservó seis en las cercanías de Croisland, y las adjudicó á este monasterio como un diezmo de sus bienes. Reedificó la fábrica, y se informó exactamente del primer estado de la casa por medio de cinco religiosos muy ancianos que la habian visto en su antiguo esplendor. Estableció un método digno de servir de modelo á la direccion y gobierno mas acertado. Toda su comunidad fue dividida en tres clases. Los religiosos mozos estaban encargados del coro, del refectorio y de los demás

trabajos manuales, desde su entrada en el monasterio hasta los veinticuatro años de profesion. Los de la segunda clase, desde los veinticuatro años de profesion hasta los cuarenta, atendian principalmente á los asuntos de afuera y al cuidado de la casa. Los antiguos estaban dispensados de la obediencia exterior y de los egercicios comunes, dejándose todo esto á su direccion y piedad. A los ancianos que tenian cincuenta años de profesion se les daba un cuarto en la enfermería con un criado que les asistiese, y un religioso mozo, el cual comia con ellos, así para su propia instruccion como para consuelo de los viejos, á quienes no se hablaba jamás de ningun asunto que pudiese incomodarles. El abad Turquetul vivió hasta el año 975, en que subió al trono Eduardo II.

55. Este Príncipe y su hermana Editha habian nacido del matrimonio ó concubinato del Rey Edgar con la religiosa Ethelfreda (1), á quien este Príncipe, cuyas virtudes se eclipsaron alguna vez, habia sacado violentamente de su monasterio. Despues de haberse separado de ella, se casó con Elfrida, de la cual tuvo otro hijo llamado Ethelredo. Elfrida se persuadió fácilmente á que la diferencia del origen de los dos hijos del Rey hacia preferible el suyo con respecto á Eduardo, á pesar de la última disposicion del padre de ambos relativamente al trono. Pero no habiendo podido impedir que subiese á él Eduardo, resolvió precipitarle con la mayor crueldad y perfidia. Hallándose el Rey en una batida cerca de la

(1) *Bolland. die 13. Mart.*

casa de campo de esta muger sanguinaria, fue á visitarla con la seguridad que le inspiraba la disimulacion de la artificiosa madrastra, la cual le conoció desde lejos, y dió orden á uno de su comitiva para que le asesinase. Ella fue la primera que se presentó al Rey con grande afectacion de ternura, y sin dejar que se apease del caballo, le estuvo hablando algunos momentos con el objeto de dar tiempo al asesino para que le hiriese por la espalda. De este modo pereció Eduardo II en el año 978 á la edad de quince años, siendo digno por sus virtudes de un reinado mas largo, y habiendo merecido por ellas y por los milagros que se hicieron en su sepulcro, ser colocado en el número de los santos mártires. Fue tan grande la fama de su santidad, que el martirologio británico señala para la celebracion de su fiesta tres dias diferentes, que son el de su muerte y los de sus dos traslaciones. Su hermana Editha borró con él la mancha de su nacimiento con tan singulares virtudes, que merecieron tambien el culto público. Se cuentan por santas otras tres Princesas del mismo nombre que vivieron en Inglaterra en el siglo de que tratamos. Esta tomó el velo de las vírgenes, rehusó tres abadías que la ofreció el Rey su padre, y murió simple religiosa á los veintitres años, el dia 16 de Setiembre de 984 en que la Iglesia honra su memoria. La Reina Elfrida hizo una penitencia egemplar por su parricidio, pues no contenta con haber fundado dos monasterios de mugeres, se vistió de cilicio, durmió en el suelo, y practicó otras